

Manuel Alejandro Castillo Poveda

Contextualización histórica del concepto de paisaje, sus implicaciones filosóficas y científicas

Resumen: *Con el fin de generar un mejor entendimiento de lo que abarca el concepto de paisaje en las ciencias sociales, se llevará a cabo un recorrido desde su origen hasta la actualidad, abordando figuras, tendencias, política, filosofía y contexto que participaron en su desarrollo; generando un panorama del significado de este término en la constitución del discurso científico.*

Palabras claves: *Arqueología. Ciencia. Paisaje. Vidal de la Blanche. Existencialismo. Fenomenología.*

Abstract: *In order to generate a better understanding of what encompasses the concept of landscape in social sciences, we will undertake a journey from its origins to the present, addressing figures, trends, politics, philosophy and context that participated in its development; generating a picture of this term in the constitution of scientific discourse.*

Keywords: *Archaeology. Science. Landscape. Vidal de la Blanche. Existentialism. Phenomenology.*

1. Planteamiento de la relación entre ciencia y política

Como toda manifestación humana, la ciencia responde a un conjunto de elementos que conforman el contexto social en el que vivimos, en determinado tiempo este campo de estudio, por diversas circunstancias puede ser caracterizado

como una falacia, mientras en un futuro ser considerada como un tipo de conocimiento válido.

Este ir y venir de la conjugación o desarrollo político científico hace que por diversas razones propuestas o corrientes de pensamiento sean dejados de lado, rechazados u olvidados; el poder recobrar estas propuestas de entendimiento de la realidad evoca el volver a sus orígenes, sus motivos, propuestas y marco socio-cultural en el cual se desarrolló, esto permitirá no solo la aplicación de este marco de conocimiento, sino su comprensión.

Con el fin de profundizar en la constitución, propuesta y marco de conocimiento de la perspectiva del paisaje, cabe iniciar indagando sobre el origen, desarrollo, figuras, así como la propuesta científica, e incluso filosófica que promueve; esto con el fin de ser conscientes de los promulgado en los trabajos de dicha índole.

2. El concepto

El término ‘paisaje’ ha tenido distintas denominaciones, las cuales muestran una diversidad etimológica, así como de direccionamiento epistémico según el tiempo, espacialidad e institución en la que se ha utilizado: “‘Landschap’ proveniente del neerlandés; después en el mundo germano se acuña el término ‘Landschaft’; en el mundo anglosajón aparece la palabra ‘Landscape’, en italiano aparece el término ‘Paesaggio’, en castellano ‘Paisaje’ y en francés ‘Paysage’” (Peña, Gómez y Riveros, 1988, 7).

El concepto de paisaje refiere a una idea compleja acerca de una realidad dada, definiendo de las formas tradicionales de percibir

la realidad (una separación del adentro-afuera, objeto-sujeto), ya que va más allá, y se le adjudica al entendimiento de un lugar o elemento por estudiar, la comprensión del contexto que lo envuelve, introduciendo un conjunto de apreciaciones sensoriales. Su definición es problemática:

El término paisaje, al que ahora nos referimos, es en este sentido especialmente conflictivo; por una parte, los usos reales a la palabra rebasan, con mucho, su significado estricto, y, por otra, siempre ha acusado una falta de precisión y, por ello mismo, una fuerte polisemia, es tan impreciso como fácil de comprender y esto ha sido el origen del debate generado en torno a su uso científico y de las dificultades para encontrar un sustituto sin perder la riqueza semántica y claridad (Orejas, 1991, 192-193).

La utilización del término ‘paisaje’ se ha dado en diversas áreas y en condiciones, así como se mencionó con anterioridad, con distintos significados, pero la construcción teórica que hará que dicho concepto defina una corriente de pensamiento se lleva a cabo en el campo de la geografía, es en él donde se dota de una orientación política y filosófica que consolidará otra forma de leer la realidad:

Fue en la geografía donde prácticamente la noción de paisaje tuvo su origen. Algunos geógrafos consideran paisaje, incluso como la categoría llave de la disciplina científica geográfica. Sin embargo, la noción de paisajes, en la geografía ha tomado diversas interpretaciones, en dependencia de la corriente teórica y la escuela que hacía uso del término. Eso da lugar, a una verdadera confusión teórica e incluso metodológica (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 78).

El concepto de paisaje se insinúa en la geografía clásica desarrollada por Humboldt en el siglo XIX, donde remite a “unidades naturales existentes” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 79); noción que se enfocaba en el conjunto de elementos naturales en un espacio determinado. Según Ortega (2000), posteriormente vendría la geografía neopositivista clásica; la cual buscaba

una posición determinista entre el ser humano y la explotación de su medio, esta “identificó la simbiosis entre raza, civilización y territorio” (García, 1985, 272) propia de los discursos de 1933-1957.

Después de estos movimientos prosiguió la geografía regionalista, encabezada por Richard Hartshorne; cuyos trabajos *The Nature of Geography: A critical survey of current thought in the light of the past* (1939) y *Perspectives on the nature of Geography* (1959), evidenció al paisaje como una división racional de un espacio determinado, esto a partir de características que compartían similitudes. “Se basa en el reconocimiento de que las regiones eran “fragmentos de tierra” delimitados arbitrariamente” (Buzai, 2001, 27). Precediendo a esta corriente de pensamiento aparece la geografía artística. Esta última se fundamentó en representaciones gráficas de espacios específicos, por lo cual solamente abarcaba dimensiones estéticas de los lugares “como un arte expresivo” (Mikesel, 1985). Esta apreciación era compartida por instituciones pertinentes y oficiales en el campo académico (Terreros y Pando [1788], Moliner [1971], Larousse [1981], Real Academia [1984], *Enciclopedia italiana* [1949], *Collins English Dictionary* [1977], *The Oxford Universal Dictionary Illustrated* [1973]).

Cabe destacar que el origen del término ‘paisaje’ se le ha adjudicado a la escuela de geografía rusa, aunque estos mismos especifican que la base de dicha corriente fueron los trabajos realizados por Humboldt; incluso se les otorga el adquirir una noción más determinista que aquel, dejando de lado el aspecto subjetivo o sensible. “Los geógrafos rusos adquieren cada vez más los rasgos del modelo científico abstracto, que se aleja progresivamente de la representación sensible del paisaje. El paisaje será cada vez más objetivo” (Frolova, 2001, 3).

La escuela rusa planteaba como objetivo el estudio de la interrelación entre el medio físico y el ser humano desde un punto de vista funcionalista; “el concepto de ciencia del paisaje aparece haciendo referencia a la intención de unificar dos criterios, el de la discontinuidad del medio físico, producto del estudio de la tridimensionalidad del espacio, y el de la continuidad del paisaje en el espacio” (Bello, 2003, 5).

En Alemania, el término paisaje era referido como *'Landschaft'*, el cual implicaba la noción de un esquema determinista basado en el posicionamiento de elementos en un espacio y la posibilidad de definir patrones en este; “presentado como un grupo de objetos y de fenómenos que se repiten regularmente sobre la superficie terrestre” y manifestados como una “[...] organización estructurada del espacio geográfico” (Frolova, 2001, 3). Ya que el movimiento geográfico ruso estuvo totalmente ligado a la escuela de Humboldt, la cual ya poseía cierta idea de dicho término, se entiende la relación entre ambas concepciones:

Los científicos rusos, desarrollando la lógica de investigación geográfica propuesta por A. Humboldt, continúan reflexionando sobre el paisaje como objeto específico del estudio geográfico cuya función es la de abordar la relación universal¹ existente entre los diversos elementos del medio y su subordinación en el espacio (Frolova, 2001, 3).

Por último, el representante de la escuela norteamericana Karl Sauer, promotor de la geografía cultural, planteaba a la geografía como “el espacio narrado como una manifestación de la identidad de los habitantes que viven en un espacio determinado” (Bocchetti, 2008: 338); y postula el paisaje como “el resultado de la acción de la cultura, a lo largo del tiempo, sobre el paisaje natural” (Sauer, 1925, 2).

Este movimiento abre paso a la expresión de la geografía de Vidal de la Blanche, del que surge el concepto moderno de paisaje, diferenciándose de espacio y región; los cuales remitían a ser sinónimos de aquel.

Así el concepto, como tal, tiene sus inicios con el trabajo de Vidal de la Blanche, quien respondió a su contexto histórico al tratar de proponer una visión diferente del punto de vista mecanicista que poseía la geografía de esa época (siglo XIX). Sus trabajos buscaban integrar a los pueblos rurales franceses en un espacio e identidad nacionales:

Los historiadores que se ocupan de poner de relieve las influencias geográficas, principalmente obedecen a la idea de que son influencias incluso que predominan en un

primer momento, luego se debilitan hasta el punto de llegar a ser, para muchos de ellas insignificante. Este punto de vista no puede ser el de los geógrafos. Ciertamente, la emancipación por la que el hombre [*sic*] se libera poco a poco, del yugo de las condiciones locales, es una de las lecciones más instructivas que la historia nos da. Pero, civilizado o salvaje, activo o pasivo, o mejor dicho siempre uno y el mismo tiempo. El otro hombre [*sic*] no cesa en sus diversos estados, de ser una parte integral del aspecto geográfico del mundo (Vidal de la Blanche, 1898: 99).²

Michelet Vidal de la Blanche (1905, 1922), trasciende en los estudios del paisaje involucrando en estos al clima, la vegetación, el relieve y la actividad humana, dichos elementos conforman, a través del tiempo, lo que se considera como el paisaje. Lo anterior abrió paso para que a inicios del siglo XX se realizaran trabajos históricos (ejemplo de estos son los trabajos de Bloch [1952] y Dion, [1934]), en los cuales se involucraría el paisaje como la relación entre el medio y el ser humano. Cabe resaltar que tanto los textos mencionados, como los que continuaron hasta las décadas de 1940 y 1950 se enfocaron en la temática agraria; como lo fueron los trabajos de Van Giffen y Glabergen (1964), Brongers (1976) y Jankuhn (1976).

Posteriormente aparecen movimientos como la Nueva Geografía, la cual postulaba “el estudio de regularidades asociadas a la distribución de los fenómenos geográficos en el espacio” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 81). En estos trabajos la noción de paisaje es ignorada, ya que solo se basaban en traducir a indicadores geométricos y cuantitativos un espacio; “en vez de la descripción morfológica del paisaje, se trata de realizar una rigurosa tipología de los patrones espaciales” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 82).

La geografía crítica, cuya base proveniente de la corriente marxista instaba a la investigación de las relaciones entre producción, ser humano y ambiente, “consideró el espacio geográfico como un simple reflejo de las relaciones capitalistas de producción en una macro-escala”. En este ámbito, el paisaje es referido como una expresión visual

y “se considera como la imagen que representa el espacio” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 83).

La geografía ambiental fue otra de esas corrientes que planteaba el estudio de las relaciones entre el ser humano y la naturaleza en un espacio determinado, concibiendo el paisaje como solo lo referido a la naturaleza. Así “se privilegia la articulación espacio-temporal de las diferentes categorías y sistemas ambientales básicamente teniendo a la naturaleza como el centro de las interrelaciones” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 84). Esta corriente plantea, de una manera muy general y casi nominal, el término ‘paisaje’ refiriéndose a que este posee subdivisiones que lo conforman. “[S]e aceptan tres interpretaciones de la noción de paisaje. Paisaje social, paisaje natural y paisaje cultural. Estas tres nociones se articulan para formar el paisaje como concepto general” (Mateo y Vicente da Silva, 2007, 84).

Para la década de 1970 surge la geografía humanista que critica las visiones positivistas, evolutivas y deterministas que este campo había adoptado; proponiendo “un enfoque comprensivo, que permita el conocimiento empático a través de la experiencia vital concreta” (Capel, 1981, 442). Esta apreciación claramente influiría en la concepción contemporánea de paisaje en arqueología.

Dicho movimiento considera el paisaje como “un mundo que ha de ser experimentado y aprendido en su totalidad de forma holística” (Capel, 1981, 444); evidenciándose la participación del sujeto en dicho concepto pero, por otro lado, una falta de definición del modo (método) en que se debe leer este mundo mencionado.

En la actualidad se han presentado otras maneras de concebir el paisaje en la geografía, tal como lo definen Mateo y Vicente da Silva (2007: 78); “la fisionomía, la morfología o la expresión formal del espacio y de los territorios y refleja la visión que la población tiene sobre su entorno”, metaforizándolo con un tipo de “encierro” cuya función remite a “soportar una identidad y estimular la cohesión hacia adentro de las sociedades, y rechazar la influencia de los desarticuladores externos”.

Esta definición concuerda con lo expuesto por Zoido y Venegas (2002), donde paisaje se define como “cualquier parte del territorio, tal como es percibida por las poblaciones, cuyo

carácter resulta de la acción de factores naturales y/o humanos y de sus interrelaciones” (Zoido y Venegas, 2002, 2). Esta y otras definiciones como las que comparten Passos (2000), Veras (1995), Arias y Fourneau (1998), Mikesel (1985) y Mateo (2003), describen y comentan los diversos ámbitos que puede abarcar dicho término, dejando de lado su significado en sí.

Dentro de esta gama de conceptualizaciones del paisaje, que se basan en adjudicarle una temática o característica determinada, se encuentran las siguientes vertientes: respecto de la identidad hay trabajos como los de Jones y Natter (1999), Gregory y Urry (1985), Peet y Thrift (1989), Pile y Thrift (1995), Seamon y Mugerauer (1985), Herb (1989), Olwign (1993), Lowenthal (1994) y Veit (1989). Respecto del paisaje, existen trabajos que le otorgan un género, ya sea femenino (Best, 1995) o androcéntrico (Thomas, 1993).

Otros trabajos refieren el paisaje a un fenómeno cultural (Berger, 1972 y Williams, 1973), o como una tradición y continuidad-pasado absoluta (Daniels, 1989 y Bender, 1998), así como solo claves interpretativas para comprender un todo (Daniels y Cosgrove, 1988; Olwig, 1993; Inglood, 1997), o la perspectiva de un grupo social determinado (Daniels, 1989), o percepción de mundo (Hirsch, 1995a, 1995b; Johnson, 1993; Taylor, 1993) y un acercamiento en el cual nos encontramos eximidos del grupo social determinado (Pollock, 1988).

Distintos modos de abordaje de algunos de estos autores parten desde una perspectiva artística (Cosgrove, 1984; Olwing, 1993; Berger, 1972, Hirsch, 1995a, 1995b; Fuller, 1988; Daniels y Cosgrove, 1988). Como Jay (1986) ha mencionado, se pierde la esencia de conocer por la necesidad de objetivar, con lo cual se relacionan los trabajos de Harley (1988) y Smith (1998), quienes hacen alusión al paisaje como objeto; y Bender (1999), quien lo señala como pasivo, sin cambio ni dinámica.

Como una posible conclusión de este amplio panorama de conceptualizaciones acerca de paisaje, cabe traer a colación los trabajos de Lemaire (1997), Daniels (1989) y Bender (1998), los cuales enfatizan que dicho término goza de una gran tensión; esto al tratar temáticas tan variadas y de ahí su indefinición. Ellos lo conciben como un

desafío que yace en la creatividad de su uso y no en la solución de este.

La noción de paisaje continuó en discusión en el campo de la geografía, como en otras disciplinas. Siempre teniendo como base el trabajo de Vidal de la Blanche como eje fundamental para la concepción moderna de dicho vocablo.

Efectivamente, las citas más numerosas se refieren a la geografía humana de Brunhes (1910), con elogios unas veces y todo lo contrario otras; a los principios de la geografía humana de Vidal de la Blanche, obra póstuma publicada en 1922 por iniciativa de su discípulo y yerno E. De Martonne y que Urabayen no acabaría de comprender nunca, y de modo preferente, al deslumbrante libro de Febvre (1922), escrito con motivo del anterior y traducido al castellano con el título de “la tierra y la evolución humana (Floristán, 1992, 274).

Aun así el término ‘paisaje’ no es específicamente referido al de Blanche. “Vidal no se acomete al análisis del concepto –aunque sí se hace con otros como el de la región, modos de vida, etc.” (Orejas, 1991, 198); pero sí introduce la noción de involucrar al ser humano y un dinamismo como base para los estudios y su concepción en la ciencia.

La primera reivindicación de un uso menos restringido del vocablo llegó de manos de los geógrafos del «regionalismo» surgido a finales del siglo pasado³ en Francia, aunque no llegaron a precisar su sentido, y, más recientemente, de la geografía agraria: de una forma poco concreta se hacía entrar en el paisaje, convertido en objeto de estudio, la actividad humana en sus diversas facetas, pero básicamente de la agricultura (el paisaje humanizado se identifica como paisaje agrario) (Orejas, 1991, 195).

3. El paisaje en la arqueología

En la arqueología, la idea de paisaje aparece en Inglaterra a finales de la década de 1950

con la corriente denominada *Field Archaeology*, movimiento que fomentó una apertura a la noción de paisaje expuesta por de la Blanche. “[E]sta tradición se plasmó desde entonces en un marcado interés por la historia de los paisajes antiguos, su morfología, y la posibilidad de detectarlos en los paisajes actuales” (Orejas, 1991, 199). Lo anterior dio cabida a la aparición de la *Land Archaeology* (que considera el paisaje como un “palimpsesto”);⁴ así como tuvo vínculos con la nueva geografía y la ecología cultural. Estas últimas posiciones estaban dotadas de una concepción determinista en cuanto a la relación del ser humano y el medio:

[E]stos planteamientos tuvieron eco en los arqueólogos, que comenzaron a preocuparse por el estudio del territorio y se sirvieron de un conjunto de instrumentos analíticos espaciales dirigidos a justificar la distribución de rasgos culturales, soporte básico de semejante marco explicativo (Diez, 2007, 4).

En América la idea de paisaje es introducida por Clark (1952), este aportó un énfasis en el estudio de las relaciones del ser humano con su ambiente y “a lo largo de su trabajo constató un “bloqueo” de la tradición arqueológica basada en el estudio de objetos que suministran una información limitada y propuso el estudio de las relaciones antiguas, a partir de una labor necesariamente interdisciplinaria” (Orejas, 1991, 202).

Consecutivamente aparece la nueva arqueología que, aunque no estudia el paisaje como tal, a partir de su funcionalismo ecológico contribuyó con ciertos elementos a la concepción de dicho enunciado; lo que luego incorporaría la Arqueología del Paisaje.

A finales de 1970 aparecen movimientos con fines deterministas que incurren en el cuestionamiento y rechazo del concepto “paisaje”. Este es reemplazado por “[G]eosistema, una estructura espacial con un funcionamiento biogeográfico autónomo; en la que se interrelacionan lo abiótico, lo biológico y lo antrópico” (Orejas, 1991, 203). Debido a esto, la Arqueología del Paisaje busca la concreción de un concepto, el cual no es definido para dicha década, acontecimiento que lleva a una exclusión del término en el campo de

la ciencia, o “renunciar a este vocablo en el plano científico, manteniendo su uso en un sentido trivial, y buscar auténticos conceptos, quizás menos ricos por su contenido pero más claros, y por lo tanto, más operativos” (Bentrand, 1978, 133).

Simultáneamente, a lo largo de los setenta aparecen movimientos relacionados con la fenomenología en las Ciencias sociales (fenomenología existencial), los cuales toman una concepción del espacio más cercana al vínculo entre el ser humano y el paisaje; privilegiando las percepciones subjetivas que el espacio evoca en este. “Caracterizada, a grandes rasgos, por una reivindicación de lo individual, lo subjetivo y lo singular. Esta postura generó una nueva concepción de espacio, de forma que la relación que el hombre [*sic*] establece con él solo puede entenderse en términos subjetivos” (Orejas, 1991, 204).

Como respuesta a esta corriente fenomenológica existencialista surgen figuras como Clarke (1977) y Hodder y Orton (1976) quienes, con base en trabajos de Flannery y Coe (1969), así como de Vita Finzi y Higgs (1970), buscan el establecimiento de la Arqueología Espacial; la cual se fundamentaba en la consideración de los artefactos *in situ*, de los sitios arqueológicos en el espacio y daba énfasis al empleo de modelos estadísticos. Estos estudios buscaban un entendimiento del espacio y las dinámicas sociales mediante resultados cuantificables y bajo la noción de costo-beneficio.

Después de esta etapa el término paisaje se utilizó con una función adjetiva en las investigaciones, ya que surgieron diversas líneas de pensamiento en el campo de la arqueología (ecología cultural, procesualismo, ecológica histórica, paleo-economía, arqueología espacial, entre otras) en las que aparecía dicho concepto. Sin embargo, estas lo tomaban como una categoría más y no retomaban la propuesta teórica respectiva al concepto, por lo cual se desplazaba este de su posicionamiento de sujeto, “en el caso de las ciencias del paisaje dio lugar a aproximaciones empiristas, centradas en el estudio de sus dimensiones físicas y visibles (accesibles a través de la investigación empírica) y en la aplicación de estrategias positivistas” (Criado, 1999, 5).

Esta corriente objetivista prevalece ante sus competidoras. Aun así, Orejas (1991) recalca las

limitantes que se le adjudicaron; ya que al trabajar con premisas basadas solo en la cuantificación y el empleo de modelos estadísticos, dejaba de lado aspectos de índole religiosa, simbólica, etc. Inclusive, infiere una “ornamentación” en la relación entre el ser humano con su medio en dichas posturas:

La consideración de la dimensión espacial y de los estudios que permiten valorar el medio en su relación con el hombre [*sic*] como meramente ornamentales, reducidos en muchas ocasiones a apéndices de memorias de excavación que nada tienen que ver con el texto al que se adosan (Orejas, 1991, 205).

Felipe Criado Boado retoma la idea de paisaje en 1993 con la introducción de la técnica denominada visibilidad, aplicada a la arqueología, donde refiere a dicho término como el “producto socio-cultural creado por la objetivización, sobre el medio y en términos espaciales, de la acción social tanto de carácter material como imaginario” (Criado, 1999, 5).

Lo anterior surge de la necesidad de considerar el saber humanístico ante las posturas estructuralistas, haciendo ver que la existencia del ser humano no está estrictamente restringida por el sistema en que vive; que es más que un engranaje social y que vive y piensa más allá de la estructura. Dicha corriente responde a un movimiento histórico, el cual busca retomar esa individualidad del ser ante la estructura:

Desde la década de 1980, sin embargo, comienza a surgir una corriente de pensamiento que cuestiona abiertamente esta visión deshumanizada del espacio y critica el excesivo peso concedido a los condicionantes ambientales en el desarrollo cultural (Diez, 2007, 9).

De donde refiere Criado su fuente de inspiración basada en dicha discusión:

[d]urante bastante tiempo ha sido un tópico de la crítica funcionalista y de izquierda presuntamente radical alegar que el pensamiento estructuralista de la muerte del hombre (que representa a una tradición intelectual)

aportó la metáfora básica de la dominación y el control des-individualizador y anti-humanista que necesita el aparato ideológico de los sistemas industriales avanzados (Criado, 1999, 2).

El término ‘paisaje’ se encuentra conformado, según Criado (1999), en tres distintas temáticas: el espacio físico, social y de pensamiento; con lo que busca “construir e interpretar los paisajes arqueológicos a partir de los objetos que los concretan” (Criado, 1999, 6).

Orejas (1991) establece una división en cuanto a la valoración de este concepto y establece dos categorías, una dedicada a su apreciación estética (siglo XII) y vinculada con corrientes positivistas; la segunda, en la cual existe un involucramiento del ser humano como realidad compleja. Esta última idea surge en el siglo XIX cuando el término es referido a lo agrario, lo cual involucró a historiadores, geógrafos, planificadores y políticos.

En esta segunda categoría se enmarca lo expuesto por Ruben Lois en la presentación de *Actividades humanas y cambios recientes en el paisaje*, donde se expone al paisaje como una “manifestación visual de las relaciones del hombre [*sic*] y el medio” (Guitian y Lois, 1996, 3). En este mismo texto, Criado y Parceró (1996) nominan al paisaje como

[u]na línea de investigación que tiene como doble objetivo de, por un lado, reconstruir los paisajes sociales de épocas prehistóricas y, por otro, estudiar los procesos de cambio y continuidad que han constituido el paisaje rural actual [...]. La arqueología del paisaje comprende el estudio de todos los procesos sociales e históricos en su dimensión espacial (Criado y Parceró, 1996, 21).

De la cita anterior resaltan aspectos como ‘reconstrucción’, ‘espacio’ y ‘actual’, términos que infieren la necesidad de identificación de un determinado espacio con el ser humano; pero no su asimilación con tal vocablo. Aunque dicha relación se ha establecido entre ambos conceptos, “los ‘paisajes culturales’ constituyen conjuntos de ‘lugares’ generados y gerenciados por la acción humana” (Zarankin, Senatore y

Salerno, 2011, 150), idea reiterada por Lefebvre (1991) y Viñao y Escolano (1998). Se propone que existe una diferenciación metodológica (ante la descriptiva) que diferencia el término paisaje del de lugar.

Otro punto de vista por tomar en cuenta es el referido por Johnson (2007) quien, vigorosamente y a pesar de la ya discutida ambivalencia conceptual que refiere al paisaje, se arriesgó a exponer una definición de tal. Él liga el origen de la palabra ‘paisaje’ (*Landscape*) a la acción humana de representar el medio, o apropiación de este mediante la expresión de alguna manifestación; ya sea verbal, pictórica, gesticular o material. Aseveración que comparte con Thomas (2001), quien muestra dicho desarrollo al contrastarlo con el trabajo de Barrett (1999), donde el último le adjudica un sentido de alejamiento del ser humano a la noción que evoca sobre paisaje; “una historia de las cosas que se le han hecho a la tierra”,⁵ expresión que remarca un sentido anticuarista⁶ y una ausencia de experiencia e influencia política entre el paisaje y el ser humano.

Thomas (2001) promulga la conceptualización del paisaje como “territorio que puede aprehenderse visualmente y como conjunto de relaciones entre personas y lugares que proporcionan el contexto para la vida diaria” (Thomas, 2001, 186); lo que recalca no solo la evidencia material táctil, sino la sensitiva.

Lo anterior, Johnson (2007) lo relacionó con los habitantes del paleolítico, cuyas manifestaciones pictóricas (en cuevas y cavernas) dieron a entender a científicos modernos parte del contexto con el que lidiaban y acerca de los elementos preponderantes de aquel.

El mismo autor concuerda con Orejas (1991) infiriendo el término ‘paisaje’ como la concatenación de dos elementos: el sistema cognitivo y el proceso de percepción. La segunda acción es primordial al momento de interactuar en una realidad, así como en la construcción de cualquier conocimiento existente:

[P]odemos afirmar que esta laxitud en las definiciones y usos del término ha permitido las distintas versiones sobre el paisaje que, esquematizado, se articula sobre dos posturas: el paisaje construido considerado

exclusivamente como la superficie visible, susceptible de contemplación estética, o como una realidad compleja, en la que se manifiestan interrelaciones entre elementos de diversa índole (Orejas, 1991, 195).

Johnson (2007) y Orejas (1991) concuerdan en que el término '*Landscape*' está constituido por dos premisas. Una que refiere a la objetividad o realidad material y otra al campo cognitivo y la percepción. Esto con base en la recopilación de definiciones de dicho término, en las cuales se incluyen los trabajos de Appleton (1975), Tuan (1974, 1979), Cosgrove (1984), Porteus (1990), Relph (1976), Williams (1973) y Bakhtin (1986); la mayoría recopilaciones realizadas por Rodaway (1994).

Respecto de los postulados generados, Johnson (2007) ejemplifica dicha visión mediante varios casos concretos. Uno de los estudios refiere a la Edad Media y otro al Renacimiento; ambos se basan en cómo la apropiación de la expresión de elementos de un contexto, a un plano u objeto, intervienen en la realidad que se quiere construir. En el caso de la Edad Media, Johnson cita el trabajo de Biddick (1993), en donde expone:

Los señores, el Estado, los tribunales conjugaron prácticas disciplinarias que establecieron el paisaje inglés y crearon lugares donde supuestamente los individuos pudieran ser producidos. Lo fiscal, lo jurídico, lo espacial y el textual se sobrepusieron y traslaparon en un palimpsesto de las prácticas disciplinarias (Biddick, 1993, 16).⁷

En el Renacimiento los artistas hacen una relectura de las escrituras bíblicas, aprovechando la centralidad de estas en la sociedad. Esto se nota mediante las distintas visiones de los diversos actores y situaciones llevadas a cabo en dicho texto (tal es el caso de las versiones del David de Donatello y Miguel Ángel). "La gente común podía ahora leer los paisajes, sobre todo en el Antiguo Testamento, que estaban ligados a poderosos significados religiosos y políticos-Jardín del Edén, la tierra prometida" (Hill, 1993, 7).⁸

En ambos ejemplos Johnson muestra cómo los textos buscan una participación con su público. En primera instancia, el de Biddick (1993) no

solo nos relata una historia, sino que muestra la influencia política e ideológica con que fue construida la realidad de una época. Esto dejando de lado la inocencia de un ser humano "libre". En el segundo caso, es evidente cómo aún hoy en día los discursos teológicos hacen que las personas se entreguen a una realidad ilusoria pero convincente para unos.

Criado imputa al concepto de paisaje un carácter desconstruccionista, en el cual se plantearía un esquema de tipo socio-métrico.⁹ A la vez y teniendo como base la filosofía de Foucault, se entiende este como la conjunción entre el esquema de saber y la malla de poder que se desplegaba en la sociedad o en los espacios investigados (Felipe Criado, arqueólogo, comunicación personal, 2011).

Su acercamiento metodológico se esgrimiría de la siguiente manera:

[d]escomponer los mecanismos mediante los cuales las tecnologías espaciales y arquitectónicas producen el espacio doméstico reproduciendo el sistema de poder; mostrar, de este modo, que el espacio construido es el producto de una serie de mecanismos de representación, de sistemas mecánicos de reproducción (Criado, 1999, 2).

Evidentemente, la concreción de una realidad u objeto conlleva el estar ahí y, en segundo lugar, está la traducción de dónde estoy. Sin embargo, si nos quedamos en dicha postura no llegaríamos a comprender ente alguno. La respuesta a tal aseveración es postulada por Descartes (centralidad del ser humano). Efectivamente, el conocimiento se compone de la correspondencia de un tipo de razonamiento con un conjunto de premisas; pero la manera de distinguirlo es con base en el modo (según Descartes sería atributo)¹⁰ en cómo se emplea determinada manera de conocer u razonar. "Mi propósito, pues, no es el de enseñar aquí el método que cada cual ha de seguir para dirigir su razón, sino solo exponer el modo como yo he procurado conducir la mía" (Descartes, 1984^a, 43).

La concepción de Johnson (2007) remite a la capacidad de poder manifestar un fenómeno mediante la construcción de una realidad; cabe

rescatar el concepto de paisaje propuesto por Hirsch (1995), quien evoca el considerar realidades (posibles) que puedan ser sustentadas:

Una relación entre la realidad que se vive y la posibilidad de otras formas de ser, entre [las condiciones en las que se desarrolla] el día a día y condiciones que son metafísicas, imaginadas o idealizadas (Hirsch, 1995, 167).

Como se mencionó, dicha aseveración exportaría a un “estar ahí” del sujeto partícipe y el poder extraerse de dicho acontecimiento (o suceso) para poder traducirlo a su estructura cognitiva y comunicarlo a otros (Daisen).¹¹ Retomando lo expuesto por Arias, Otero y Varela (2005), que introducen al sujeto dentro del término paisaje, este último es entendido como

porción del territorio que alberga unas determinadas entidades (naturales, históricas, monumentales, arqueológicas...), pero que sólo existe como tal paisaje desde el momento en el que es apreciado por el observador. Es la mirada la que construye el paisaje, que hasta que es observado y decodificado es sólo un espacio (Arias, Otero y Varela, 2005, 1).

Aseveración que concuerda con el método cartesiano, el cual infiere la búsqueda de unidades simples de carácter trascendental, “la observamos exactamente si reducimos gradualmente las proposiciones complicadas y oscuras a otras más simples, y si después intentamos ascender por los mismos grados desde la intuición de las más simples hasta el conocimiento de todas las demás” (Descartes, 1984b: 7); contrariando la gama de manifestaciones del ser humano llevadas a cabo en un momento o espacio. De otro modo solo ocurriría una reproducción oficial de un discurso:

la pereza y la cobardía son causa de que una tan gran parte de los hombres [*sic*] continúe a gusto en su estado de pupilo, a pesar de que hace tiempo la Naturaleza los liberó de ajena tutela (naturaliter majorenes); también lo son que se haga tan fácil para otros erigirse en tutores (Kant, 1964, 1).

Tal problema (pensar fuera de la estructura), no especifica el cómo poder extrapolar el “estar ahí” del fenómeno vivido (y aquí su modo); acción primordial para llevar a cabo un acercamiento a un determinado paisaje. Para dicha concepción, o captación del fenómeno, se consigna (en primera instancia) a la fenomenología planteada por Husserl (1962) y cuya premisa principal indica:

[U]na ciencia de esencias (como una ciencia “eidética”) como una ciencia que quiere llegar exclusivamente a “conocimientos esenciales” y no fijar, en absoluto, “hechos”. La reducción correspondiente, que conduce del fenómeno psicológico a la pura “esencia”, o bien, en el pensamiento que se encarna en juicios, desde la universalidad fáctica (“empírica”) hasta la universalidad “esencia”, es la reducción eidética (Husserl, 1962, 10).

Este conjunto de esencias trascendentales se entienden en el sentido que plantea Heidegger (Masís, 2009), donde consigna el fenómeno husserliano a la construcción primogénita dentro de un ser y la manifestación de esta como un efecto de tal fenómeno (en la materialidad del mundo) y no el fenómeno en sí.

Pero hay tanto ser en la apariencia de lo que aparece, porque la fenomenología no ha de ocuparse solamente de la llegada presencial del fenómeno, o de su manifestación más conspicua, expresable apofánticamente sólo de forma ulterior, sino del todo de la estructura, de lo que hemos denominado la ‘fenomenalidad del fenómeno’: a saber, del juego de la llegada del aparecer, en que ineludiblemente se muestra el ser, si bien sólo en cuanto ausencia, en cuanto huella, en cuanto pista y en cuanto retracción”(Masís, 2009, 18).

Dicha aseveración, enmarcada al estudio del paisaje, nos libraría de la abstracción de una idea trascendental y nos acercaría a la reacción o interacción de un *Dasein*, lo que involucraría una concepción más cercana a las manifestaciones de un espacio. Es decir, no podemos otorgar una homogeneización de dinámicas y manifestaciones culturales ocurridas en un lugar o varios, esto

debido a que la experiencia material y de la investigación –que infiere dicho postulado– variaría según tiempo, espacio y personas partícipes (ya sean las estudiadas o los que las estudian).

Como corolario del presente desglose se puede mencionar que, aunque a través de la historia la palabra ‘paisaje’ ha sido utilizada de una manera muy general en cuanto a significados y campo de investigación, en sus inicios se remitía al conjunto de relaciones entre el ser humano, contexto natural, social e histórico; “los lugares y paisajes culturales integran una sucesión de historias superpuestas a lo largo del tiempo” (Potteiger y Purinton, 1998, 151).

Esencia que conforme avanzó el tiempo se tecnificó para una mayor ligereza de análisis, esto como respuesta a los esquemas académicos del momento (cartesianos, mecanicistas, dogmáticos) y debido a la preponderancia funcionalista que ejercía la estructura sobre el individuo en los estudios; así como la técnica sobre el entendimiento.

Para llevar a cabo un acercamiento más comprensivo a una noción de paisaje, más acorde a las intenciones originales y a los planteamientos contemporáneos, se acudió a la fenomenología y al proceso de cómo esta se ha desarrollado e integrado en las ciencias, desestructurando los posicionamientos rígidos que han encasillado al ser humano como un objeto instintivo y cuantificable.

Para tal empresa se toma la fenomenología de Husserl y la interpretación de esta por parte de Heidegger. “En manos de Heidegger, la fenomenología se convierte en un modo de permitir que algo compartido, que jamás puede ser plenamente articulado y de lo cual sólo hay evidencia irrefutable, se despliegue y se muestre” (Dreyfus, 1996, 33). Esto con el fin de llevar a cabo un acercamiento distinto al ser humano que investigamos y a nuestra persona como ejecutora de un discurso científico:

La ‘doctrina’ de un pensador es lo no dicho en su decir y a lo que el hombre [*sic*] queda expuesto con el fin de emplearse en ello. Para que podamos conocer y llegar a saber en el futuro lo no dicho por un pensador, sea ello del tipo que sea, tendremos que volver a pensar lo dicho por él (Heidegger, 2001, 173).

Se entiende paisaje como la apropiación de un fenómeno comprendido en un espacio determinado, el cual posee relaciones con todo elemento que se halla en él, y sus transformaciones.

Esta idea se concibe de la siguiente manera: un investigador(a) carga determinados prejuicios, políticas y razonamientos al objeto de estudio, cargas que intentarán disminuirse. Tal acción las hace partícipes de la investigación. Dicha participación no debe ser ocultada, ya que son los indicios de la construcción de la idea que se quiere trabajar. Algunos de estos prejuicios serán base para proseguir, otros necesariamente tendrán que ser ignorados o desconstruidos para su entendimiento. Como ejemplo de tal hecho, el término ‘plaza’ (en el campo de la arqueología costarricense) hace referencia a una variedad de espacios presentes en sitios arquitectónicos. Aún así, se desconoce el porqué de estos espacios y el porqué de su denominación actual.

El espacio que involucra dicha denominación no es solamente el ente físico y geométrico que refiere la investigación, es el conjunto de relaciones sociales, históricas y ambientales que lo han rodeado, así como participado en su transformación. Es decir, al citar ese lugar como eje del concepto “paisaje”, no nos referiremos al espacio cartesiano, sino a un desarrollo de la idea que se ha interrelacionado con dicho *Dasein*.

La conjugación del contexto que infunde el investigador al tema investigado y cómo de este genera un panorama de opciones (de las cuales él mismo con base en datos, hechos, o tipos de evidencia, determina como una posible reconstrucción de dicha realidad), permite un estudio de la realidad ocurrida en un espacio y de las evidencias que se puedan generar de esta.

Notas

1. Entiéndase ‘relación universal’ como el establecimiento de una ley que pueda dar explicación a una totalidad.
2. *Les historiens qui se sont préoccupés de mettre en relief influences géographiques, ont surtout obéi à cette pensée que influences, très fortes ou même prépondérantes au début, s'affaiblissaient ensuite, au point de devenir, pour beaucoup*

d'entre eux, négligeables. Ce point de vue ne saurait être celui du géographe. Assurément l'émancipation par laquelle l'homme s'affranchit peu à peu du joug des conditions locales, est une des leçons les plus instructives, que nous donne l'histoire. Mais, civilisé ou sauvage, actif ou passif, on plutôt toujours en même temps l'un et l'autre, l'homme ne cesse pas dans ses différents états, de faire partie intégrante de la physionomie géographique du globe (Vidal de la Blanche, 1898, 99).

3. Entiéndase el siglo antepasado (s. XIX) según la fecha que corresponde a esta cita.
4. Del griego antiguo 'παλίμψηστον', que significa 'grabado nuevamente'.
5. *A history of things that have been done to the land* (Barrett, 1999, 26).
6. El empleo del término 'anticuarista' en este caso refiere a la necesidad de poder caracterizar u objetivar un ente, eximiendo de su experimentación.
7. *Lords, the state, the courts thus conjoined disciplinary practices to grid the English landscape and create places where individual supposedly could be produced. The fiscal, the juridical, the spacial, and the textual superimposed and overlapped in a palimpsest of disciplinary practices.*
8. *Ordinary people could now read of landscapes, particularly in the Old Testament, that were bound up with powerful and religious and political meanings –Garden of Eden, the promised land.*
9. Estudio de la evolución de los grupos y de la posición que en ellos ocupan los individuos, prescindiendo del problema de la estructura interna de cada individuo (Moreno, 1951).
10. Las sustancias no se conocen inmediatamente sino a través de sus atributos. El pensamiento es el atributo de las sustancias pensantes o mentes y la extensión en longitud, latitud y profundidad es el atributo de las sustancias extensas o cuerpos. El resto de propiedades (figura, cantidad y movimiento, en el caso de los cuerpos; imaginación, sentimiento, deseos, en el de las mentes) presuponen los atributos y son sus modificaciones o variaciones. En el caso de Dios todas sus características son esenciales y por lo tanto atributos (Echeгойen, 1996).
11. Por consiguiente, elaborar la pregunta por el ser significa hacer que un ente —el que pregunta— se vuelva transparente en su ser. En el planteamiento de esta pregunta, como modo de *ser* de un ente, está él mismo determinado esencialmente por aquello por lo que en él se pregunta —por el

ser. A este ente que somos en cada caso nosotros mismos y que, entre otras cosas, tiene esa posibilidad de ser que es el preguntar; se le designa con el término *Dasein* (Heidegger, 1927, 30).

Referencias

- Arias, A. y Fourneau, F. (1998). *El Paisaje Mediterráneo*. Granada (España): Monografía Tierras del Sur, Universidad de Granada.
- Arias, P., Otero, C. y Varela, R. (2005). Los paisajes culturales desde la arqueología: propuestas para su evaluación, caracterización y puesta en valor. Madrid: *ArqueoWeb. Revista sobre Arqueología en Internet*, 7 (2), 1-13.
- Appleton, J. (1975). *The experience of landscape*. Londres: John Wiley.
- Bakhtin, M. (1986). *The Dialogic Imagination*. Austin (Texas): University of Texas Press.
- Barrett, J. (1999). Chronologies of Landscape. En P. Ucko y R. Layton (editores): *The Archaeology and Anthropology of Landscape*. Londres: Routledge, 21-30.
- Bello, G. (2003). *Apuntes para la búsqueda de invariantes que determinen la patrimonialidad de un paisaje*. Santiago de Chile: Facultad de Arquitectura y Paisaje, Universidad Central de Chile.
- Bender, B. (1998). *Stonehenge: Making Space*. Londres: Berg.
- Bender, B. (1999). Subverting the western gaze: mapping alternative words. En P. Ucko y R. Layton (editores): *The Archaeology and Anthropology of Landscape*. London: Routledge, 31-45.
- Bentrand, G. (1978). *Le Paysage entre la nature et la société. Revue Géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest*, Vol. 49, 239-258.
- Berger, J. (1972). *Ways of Seeing*. Reino Unido: Harmondsworth.
- Best, S. (1995). Sexualizing space". En: E. Grosz y E. Probyn (editores): *Sexy Bodies: The Strange Carnalities of Feminism*. Londres: Routledge, 181-194.
- Biddick, K. (1993). Decolonising the English past: Readings in medieval Archaeology and History. Kent: *Journal of British Studies*, University of Kent.
- Bloch, M. (1952). *Les caractères originaux de l'histoire rurale Française*. Vol. 2. París.
- Bocchetti, C. (2008). Geografía Cultural y Geografía Antigua. *Revista de Historiografía*. Madrid:

- Instituto Julio Caro Baroja, Universidad Carlos III de Madrid.
- Brongers, J. A. (1976). *Air photography and Celtic fields research in the Netherlands*. Reino Unido: Amersfoort.
- Brunhes, J. (1910). *Géographie Humaine*. París.
- Buzai, G. D. (2001). Paradigma Geotecnológico, Geografía Global y Ciber Geografía, la gran explosión de un universo digital en expansión. España: *GeoFocus*, N° 1, 24-48.
- Collins English Dictionary*. (1977). Londres: W. Collins.
- Capel, H. (1981). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona: Barcanova, S. A.
- Clark, J. G. D. (1952). *Prehistoric Europe: The Economic Basis*. Stanford (California): Stanford University Press.
- Clarke, D. (1977). *Spatial Archaeology*. Cambridge.
- Cosgrove, D. (1984). *Social formation and symbolic landscape*. Londres: Croom Helm.
- Criado, F. (1999). *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje*. Santiago de Compostela: Criterios y Convenciones en Arqueología del Paisaje (CAPA). Grupo de investigación en Arqueología del Paisaje, Universidad de Santiago de Compostela.
- Criado, F. (1993b). Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. Madrid: *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 50, 39-56.
- Criado, F. y Parceró, C. (1996). Arqueología de las formas de parcelación del espacio en la prehistoria de Galicia. *Actividad humana y cambios recientes en el paisaje*. (L. Guitián Rivera y R. Lois González; coords.), 22. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Daniels, S. y Cosgrove, D. (1988). *Introduction: Iconography and Landscape*. Cambridge: Cambridge University Press, 1-10.
- Daniels, S. (1989). Marxism, culture, and the duplicity of landscape. En: R. Peet y N. Thrift (editores): *New Models in Human Geography*. Vol. 2. Londres. Unwin Hyman, 196-220.
- Descartes, R. (1984a). *Discurso del método. Meditaciones Metafísicas*. Madrid: Espasa Calpe, colección "Austral".
- Descartes, R. (1984b). *Reglas para la dirección del espíritu*. Traducción, introducción y notas de Juan Manuel Navarro Cordón. Madrid: Alianza Editorial, S. A., colección "El libro de bolsillo".
- Diez, F. (2007). La arqueología del paisaje en la investigación paleolítica. *ArqueoWeb. Revista sobre arqueología en internet*. Vol. 3. Tomado de <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/9-2/diezmartin.pdf>. Consultado el 28/05/2011, 13:00 h.
- Dion, R. (1934). *Essai sur la formation du paysage rural français*. París, Tours: Arrault.
- Dreyfus, H. (1996). *Ser-en-el-Mundo. Comentario a la División I de Ser y Tiempo de Martin Heidegger*. Trad. F. Huneeus y H. Orrego. Santiago: Cuatro Vientos.
- Enciclopedia Italiana*. (1949). Vol. XXXIII. Roma: Instituto de la Enciclopedia Italiana.
- Febvre, L. (1922). *La tierra y la evolución humana. Introducción geográfica a la historia*. México, D. F.: Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana.
- Flannery, K. y Coe, M. (1969). *Social and Economic Systems in Formation Mesoamérica*. Chicago: New Perspectives in Archeology. Binford-Binford, 267-284.
- Fuller, P. (1988). The geography of mother nature. En D. Cosgrove y S. Daniels (editores): *The Iconography of Landscape*. Cambridge: Cambridge University Press, 11-31.
- Floristán, A. (1992). "El pensamiento geográfico de Leoncio Urabayen". España: *Príncipe de Viana*. Año 53, N° 195, 269-288.
- Frolova, M. (2001). Los orígenes de la ciencia del paisaje en la geografía rusa. *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. V, N° 102. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- García, R. (1985). *Teoría y método en la Geografía Humana anglosajona*. Barcelona: Editorial Ariel, S. A.
- Gregory, C. y Urry, J. (1985). *Social Relations and Spatial Structures*. Londres: Macmillan.
- Guitián, L. y Lois, R. (coords.). (1996). *Actividad humana y cambios recientes en el paisaje*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- Harley, J. (1988). Maps, Knowledge and Power. En D. Cosgrove y S. Daniels (editores): *The Iconography of Landscape*. Cambridge: Cambridge University Press, 277-312.
- Hartshorne, R. (1939). The Nature of Geography: A critical survey of current thought in the light of the past. *Annals of the Association of American Geographers*, 29, 173-658.
- _____. (1959). *Perspectives on the nature of Geography*. Chicago: Rand McNally.
- Herb, H. (1989). Persuasive cartography in Geopolitics and National Socialism. *Political Geography Quarterly*, París, 289-303.
- Heidegger, M. (2001). *Hitos*. Trad. de Helena Cortés y Arturo Leyte. Tomo 9. Madrid: Alianza Editorial, S. A.

- Hill, C. (1993). *The English Bible and the 17th Century Revolution*. Londres: Allen Lane.
- Hirsch, E. (1995). Introduction: Landscape: Between Place and Space. En E. Hirsch y M. O'Hanlon (editores): *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*. Oxford: Clarendon Press, 1-30.
- Hirsch, E. (1995). *The Archeological Process: An Introduction*. Oxford: Blackwell Publishing
- Hodder, L. y Orton, C. (1976). *Spatial analysis in archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Husserl, E. (1962). *Ideas Relativas a una Fenomenología Pura y una Filosofía Fenomenológica*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Filosofía.
- Ingold, T. (1997). The picture is not the terrain: maps, paintings and the dwelt-in word. *Archaeological Dialogues*, Cambridge, 29-31.
- Jankuhn, H. (1976). *Archäologie und Geschichte*. Band I. Berlín.
- Jay, M. (1986). In the empire of the gaze: Foucault and the denigration of vision in twentieth-century French Thought. En D. C. Hoy (editor): *Foucault: A Critical Reader*. Oxford: Blackwell Publishing, 175-204.
- Johnson M. (2007). *Ideas of Landscape*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Jones, J.P. & Natter, W. (1999). Space and representation. En: *Text and image. Social construction of region knowledge*. Leipzig: Institut für Landeskunde, 239-249.
- Kant, I. (1964). Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración? En *Filosofía de la historia*. Buenos Aires: Nova.
- Larousse Dictionary*. (1981). París: Larousse.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Lemaire, T. (1997). Archaeology between the inventor and destruction of the landscape. *Archaeological Dialogues*, Cambridge, 5-21.
- Lowenthal, D. (1994). European and English landscape as national symbols. En D. Hooson (editor): *Geography and National Identity*. Oxford: Blackwell Publishing, 15-38.
- Masís Delgado, J. (2009). La fenomenalidad del fenómeno: en torno a § 7 de *Ser y tiempo* de Heidegger". *Logos. Revista de Filosofía*, Universidad La Salle, Vol. XXXVII, N° 111, 89-122.
- Mateo, J. y Vicente da Silva, E. (2007). La geoecología del paisaje como fundamento para el análisis ambiental. *Revista Electrónica do Prodema*, Fortaleza (Brasil), Vol. 1, N° 1, 77-98.
- Mikesel, X. (1985). El paisaje como descripción social. *El Pirata*, Jalapa (Veracruz), N° 76.
- Moliner, M. (1971). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Editorial Gredos, S. A.
- Olwing, K. (1993). Sexual Cosmology: nation and landscape at the conceptual interstices of nature and culture; or what does landscape really mean? En B. Bender (editor): *Landscape: Politics and Perspectives*. Oxford: Berg, 307-343.
- Orejas, A. (1991). Arqueología del paisaje: Historia, problemas y perspectivas. España: *Archivo Español de Arqueología*, 191-230.
- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la Geografía. Teoría de la Geografía*. Barcelona: Editorial Ariel, S. A.
- Oxford Universal Dictionary Illustrated*. (1973). Oxford: Oxford University Press.
- Passos, M. (2000). *A construção da Paisagem no Mato Grosso, Brasil*. Brasil: UNESP-UEM.
- Peet, R. y Thift, N. (1989). *New Models in Geogrephy*. Londres: Unwin Hyman.
- Peña, L., Gómez, A. y Riveros, M. (1988). Esbozo de las discusiones acerca del paisaje. *Cuadernos de Geografía*, Vol. VII, N° 1-2. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pile, S. y Thrift, N. (1995). *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation*. Londres: Routledge.
- Pollock, G. (1988). *Vision and Difference: Femininity, Feminism and the Histories of Art*. Londres: Routledge.
- Porteus, D. (1990). *Landscape of the Mind, World of sense and Metaphor*. Toronto: University of Toronto Press.
- Potteiger, M. y Purinton, J. (1998). *Landscape Narratives*. New York: John Willey y Sons Inc.
- Real Academia Española. (1984). *Diccionario de la lengua española*. 2 tomos. Vigésima edición. Madrid: Espasa-Calpe.
- Relph, E. (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- Rodaway, P. (1994). *Sensuous Geographies: Body, sense and Place*. Londres: Methuen.
- Sauer, C. (1925). The morphology of landscape. *Publications I Geography*, University of California Press, Vol. 2, N° 2, 19-54.
- Seamon, D. y Mugerauer, R. (1985). *Dwelling, Place and Environment*. New York: Columbia University Press.
- Smith, A. (1998). Landscapes of power in nineteenth century Ireland: archaeology and Ordnance

- Survey maps. *Archaeological Dialogues*, Cambridge, 5, 69-84.
- Taylor, C. (1993). Engaged agency and background in Heidegger. En C. Guignon (editor): *The Cambridge Companion to Heidegger*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Terreros y Pando, E. (1788). *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesas, latina e italiana*. Madrid: Viuda de Ibarra.
- Thomas, J. (2001). Archeologies of place and Landscape. En Hodder (editor): *Archaeological Theory today*, Cambridge, 165-186.
- Tuan, Y. (1974). *Topophilia*. New Jersey: Prentice-Hall Press.
- . (1979). *Landscape of fear*. Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- Van Giffen, A. E. y Glasbergen, W. (1964). *De vroegste fase van de TRB-cultuur in Nederland*. Netherlands: Helinium 4.
- Veras, L. (1995). Do espaço a paisagem, da paisagem ao lugar: a filosofia, as ciencias e as artes, como instrumento de reflexão na conceituação sobre lugares Urbanos. *Revista Geográfica*, UFPE/DGC (Recife), Vol. 11, N° 2, 103-114.
- Veit, U. (1989). Ethnic concepts in prehistory: a case on the relationship between cultural identity and archaeological objectivity. En: S. J. Shennan (editor): *Archaeological Approacher to Cultural Identity*. Londres: Unwin Hyman, 33-56.
- Vidal de la Blanche, P. (1898). La Géographie politique, à propos des écrits de M. Frédéric Ratzel. *Annales de Géographie*, N° 32, 97-111.
- . (1905). *Tableau Geographique de France, Histoire de France*. París: Lavissee.
- . (1922). *Principes de Geographie humaine*. París.
- Viñao, A. y Escolano, A. (1998). *Currículo, Espaço e Subjetividade: A Arquitetura como Programa*. Rio de Janeiro: DP&A.
- Vita Finzi, C. y Higgs, E. S. (1970). Prehistoric Economy in the Mount Carmel Area of Palestina: Site Catchment Analysis. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 1-37.
- Williams, R. (1973). *The Country and the City*. Londres: Chatto y Windus.
- Zarankin, A., Senatore, X. & Salerno, M. (2011). Tierra de Nadie: Arqueología, Lugar y Paisaje en Antártida. *Revista chilena de Antropología*, Vol. 24, 184-171.
- Zoido, F. y Venegas, C. (2002). *Paisaje y ordenación del territorio*. Sevilla: Fundación Duques de Soria y Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía.

Manuel Alejandro Castillo Poveda (castillopoveda@hotmail.com). Licenciado en Antropología por la Universidad de Costa Rica. Arqueólogo.

Recibido: el viernes 21 de agosto de 2015.

Aprobado: el viernes 4 de septiembre de 2015.